

Efesios 3:2-12

Sermón Epifanía 2011 Efesios 3:2-12
Mateo 2:1-12

Isaías 60:1-6;

Himnos 34, 35, 10

Seguramente habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros, pues por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente. Al leerlo podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, el cual en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio, del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la acción de su poder. A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las insondables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea el plan del misterio escondido desde los siglos en Dios, el creador de todas las cosas, para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús, nuestro Señor, en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él.”
(Efesios 3.2–12)

Aunque la Epifanía la celebra la iglesia el 6 de enero, es una fiesta de tanta importancia para nosotros que decidimos celebrarla este domingo para meditar en algunas de las grandes verdades que celebramos en la Epifanía. La palabra Epifanía significa manifestación. Revela que el niño que nació humildemente en Belén no es otro sino el Dios todopoderoso venido al mundo para salvar. ¿Pero a quién vino a salvar? En la noche en que nació Jesús, se anunció a los pastores: “yo os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo”. Pero esos pastores eran judíos, y sin duda “el pueblo” tiene referencia principal a ese pueblo escogido que había recibido las promesas de que Dios algún día les enviaría un Mesías.

Pero en la Epifanía tenemos algo nuevo. Gentiles del oriente vienen y adoran también a Jesús como su Salvador. Por eso la Epifanía a veces se llama la Navidad de los gentiles. Manifiesta que la salvación de Jesús no se limita a los judíos, sino es también para los gentiles. Y puesto que nosotros somos gentiles, esta verdad debe llenar a nosotros también de gran gozo.

En nuestro texto de hoy, Pablo expande sobre el mensaje de la Epifanía. Destaca lo maravilloso que es saber que la gracia de Dios es también para los gentiles, y que nosotros tenemos igual acceso como los creyentes judíos al trono de la gracia de Dios, y por el mismo medio, la fe en Jesús. Así nuestro tema en esta fiesta de la Epifanía será El misterio de la Epifanía, judíos y gentiles forman una iglesia. Veremos que I. Este misterio fue revelado a Pablo, y II., que Este misterio es para dar a conocer a gentiles y ángeles.

Pablo dice que este misterio fue revelado a él. Tenemos que saber un poco acerca de Pablo y el pueblo judío al que pertenecía para entender esto claramente. Pablo, como muchos judíos, pensaba que ser judío y celoso en cumplir la ley aseguraría la salvación. Entendió que el mensaje cristiano amenazaba todo ese concepto de sí mismo y de su nación. Así es que él se unió a, y después lideró, la persecución de la iglesia. Pero Jesús se le apareció en el camino a Damasco, a donde se dirigía para encarcelar a cristianos, y le dijo “Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?” A Ananías, que recibió el mandato de bautizar a Pablo, le reveló lo que Cristo haría de él: “El Señor le dijo: —Ve, porque instrumento escogido me es este para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, de reyes y de los hijos de Israel” (Hechos 9.15).

Pablo había recibido por revelación la noticia de que el evangelio era igualmente para los gentiles y no sólo para Israel. Eso es lo que se le comunicó en su conversión y llamamiento. Pablo también destaca que él no merece haber recibido tan estupenda revelación. Después de todo, él había sido un perseguidor de la iglesia, y como Jesús le dijo, realmente le estaba persiguiendo a él. Así que el mensaje y el ministerio eran puramente asunto de la gracia de Dios.

Pablo escribe: “Seguramente habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros, pues por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente. Al leerlo podéis entender cuál sea mi conocimiento

en el misterio de Cristo, el cual en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres”. Es cierto que el Antiguo Testamento había hablado de la conversión de gentiles también. Pero el cómo todo esto sucedería no se había revelado claramente. Ahora a los santos apóstoles y profetas el Espíritu Santo había aclarado el asunto.

Pero lo más importante es el contenido de esta revelación. Pablo lo resume de esta manera: “que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio”. En tres formas Pablo resalta que no hay ninguna diferencia en los privilegios y bendiciones de los creyentes, sean judíos o gentiles.

Son coherederos. Tienen exactamente la misma herencia. La gloria celestial del gentil más remoto que crea en Jesucristo será igual a la de cualquier descendiente de Abraham que llegue por fe a la gloria celestial.

Son miembros del mismo cuerpo. Como Pablo ha demostrado en el capítulo anterior de esta epístola, Cristo con su muerte ha removido, derrumbado el muro de división que la ley había puesto entre judío y gentil. “En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo” (Efesios 2.12–13). ¿Cómo cambió la situación? “Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades (la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas), para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades” (Efesios 2.14–16).

Son “copartícipes de la promesa en Cristo Jesús”. Todo lo que Dios ha prometido en Cristo lo recibirán todos los que crean en Cristo, sin importar su origen o raza.

Todo esto viene “por medio del evangelio”. El evangelio sencillamente proclama a cada ser humano que Cristo es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. La gracia de Dios y el perdón de los pecados vienen a todo aquel que cree este bendito mensaje. No hay lugar aquí para las obras de la ley. No es por medio de Moisés que las personas se salvan, aunque todavía hay grupos como los adventistas y los israelitas que

insisten que su obediencia de las leyes del Antiguo Testamento contribuye a su salvación. Pero no, puesto que el evangelio es pura promesa, todo el que se arrepiente y cree el evangelio tiene la misma herencia, es parte del mismo pueblo, y participa de todas las promesas de Cristo.

Éste es el gran “misterio”, algo que sólo se puede saber por revelación, que Pablo había recibido. Pero no recibe su revelación sólo para que él tenga ese conocimiento. Es para que él dé a conocer el secreto que Dios se lo reveló a él y a los demás apóstoles. Debe dar a conocer a gentiles y a ángeles este mensaje. Cuando habla del evangelio, dice que de éste “yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la acción de su poder”. Aquí también destaca la gracia de Dios y su propia indignidad de ser el mensajero al cual Dios llamó para publicar este misterio en el mundo. “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las insondables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea el plan del misterio escondido desde los siglos en Dios, el creador de todas las cosas”.

Proclama las insondables riquezas de Cristo. Él ha ganado para nosotros la comunión con Dios, el perdón de los pecados, la vida eterna, para mencionar sólo unas cuantas cosas. Ahora todos los gentiles deben saber que tienen acceso a Dios. En Cristo “tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él”. No es sólo que el muro entre judío y gentil se ha removido. También la gran barrera de nuestro pecado que nos separa de nuestro Dios ha sido removida por Cristo. El resultado es que podemos, como Lutero nos recuerda en nuestro Catecismo, pedir a Dios todo lo que necesitamos “con valor y plena confianza, como hijos amados a su amoroso Padre”. Esto siempre había sido la intención de Dios. Fue “conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús, nuestro Señor”. ¡Qué privilegios Dios nos ha dado en Cristo! ¡Qué bendiciones Dios nos revela en este texto! Cuando consideramos la llegada de los magos gentiles para adorar a Jesús, podemos ver que allí se manifiesta lo que Dios ha hecho posible también para nosotros, que somos gentiles. En Cristo, realmente todo lo que Dios tiene que ofrecer ya es nuestro por la fe en el evangelio. Adoremos siempre a aquel que vino en humildad en Belén y fue adorado por los magos hace tanto tiempo. Porque no vino sólo para dar

buenas nuevas de gran gozo al pueblo, sino al mundo. ¡Alabado sea Dios!

Amén.